

## ¿Siempre hay que pagar las deudas?

20 de abril de 2015

Para algunos, la cuestión es evidente: las deudas siempre se pagan, no hay otra posibilidad más que cumplir, en especial si está cincelado en el mármol de los tratados europeos. Sin embargo, una rápida ojeada a la historia de las deudas públicas, tema apasionante e injustamente soslayado, muestra que las cosas son tanto más complejas.

Primera buena noticia: en el pasado hubo deudas públicas que en importancia superaban (en mucho) las actuales, y siempre se salió adelante apelando a una gran diversidad de métodos. Se puede distinguir, por un lado, el método lento, que acumula con paciencia excedentes presupuestarios para ir reembolsando intereses y luego el capital de las deudas en cuestión; por otro lado, hay una serie de métodos que apuntan a acelerar el proceso: inflación, impuesto excepcional, anulaciones lisas y llanas.

Un caso de particular interés es el de Alemania y Francia, que en 1945 tenían deudas públicas del orden de dos años de producto bruto interno (un 200% del PBI); es decir, niveles todavía más altos que Grecia o Italia hoy. A comienzos de la década de 1950, esta deuda había descendido a menos del 30% del PBI. Una reducción tan rápida no hubiese sido posible, claro está, con la acumulación de excedentes presupuestarios. Por el contrario, los dos países utilizaron todo el arsenal de métodos rápidos. La inflación, muy alta a ambas orillas del Rin entre 1945 y 1950, desempeña el papel central. Luego de la Liberación, Francia instaure un impuesto excepcional sobre el capital privado, que alcanza al 25% de los patrimonios más

altos y hasta el 100% de las fortunas más importantes que surgieron entre 1940 y 1945. Los dos países utilizan también diversas formas de “reestructuración de deudas”, nombre técnico dado por los financistas para designar el hecho de anular lisa y llanamente todo o parte de las obligaciones (también, de manera más prosaica, se habla de *haircut*). Por ejemplo, luego de los famosos acuerdos de Londres de 1953, se anuló la mayor parte de la deuda externa alemana.

Estos son los métodos rápidos de reducción de la deuda –en especial la inflación– que permitió que Francia y Alemania se lanzaran a la reconstrucción y el crecimiento de posguerra sin el agobio de esas obligaciones. Así, en las décadas de 1950 y 1960, estos dos países pudieron invertir en obras públicas, educación y desarrollo. Y son estos dos mismos países que le explican ahora al sur europeo que las deudas públicas deben ser reembolsadas hasta el último centavo, sin inflación ni medida excepcional.

En la actualidad, Grecia estaría en leve excedente primario: sus ciudadanos pagan un poco más de impuestos de lo que reciben de gasto público. Según los acuerdos europeos de 2012, Grecia debe abonar un enorme excedente de un 4% del PBI durante décadas para cumplimentar los pagos de deuda. Es una estrategia absurda, que por fortuna Francia y Alemania jamás se aplicaron a sí mismas.

En esta extraordinaria amnesia histórica, Alemania carga con una pesada responsabilidad. Pero estas decisiones nunca podrían haberse adoptado si Francia se hubiese opuesto. Los sucesivos gobiernos franceses, de derecha y luego de izquierda, se mostraron incapaces de evaluar la magnitud de la situación y proponer una verdadera refundación democrática de Europa.

Por su egoísmo miope, Alemania y Francia maltratan a los países del sur de Europa y a la vez se maltratan a sí mismas. Con deudas públicas que rondan el 100% del PBI, una inflación nula y un crecimiento endeble, ambos países también tardarán décadas para recuperar capacidad de acción e inver-

sión a futuro. Lo más absurdo es que las deudas europeas de 2015 son en gran parte deudas internas, como por lo demás eran las de 1945. Las tenencias cruzadas entre países alcanzaron proporciones inéditas: los ahorristas de bancos franceses acumulan una parte de las deudas alemanas e italianas; las instituciones financieras alemanas e italianas poseen gran parte de las deudas francesas, y así sucesivamente. Pero considerada la zona euro en su conjunto, allí nos poseemos a nosotros mismos. E incluso más: los activos financieros que atesoramos fuera de la zona euro son más elevados que los que el resto del mundo posee en zona euro.

En vez de pasar décadas reembolsándonos una deuda propia, más vale buscar otra forma de organizarnos, y eso sólo nos compete a nosotros.





# Por una Europa abierta

7 de septiembre de 2015

Si bien llega con retraso, el impulso de solidaridad en favor de los refugiados observado estas últimas semanas tiene al menos el mérito de recordar a los europeos y al mundo una realidad esencial. Nuestro continente puede y debe convertirse en una gran tierra de inmigración en el siglo XXI. Todo nos lleva a eso: su envejecimiento autodestructivo lo impone, su modelo social lo permite y la explosión demográfica de África a la par del calentamiento global lo exigirá más aún. Todo esto es bien sabido. Pero tal vez sea más sabido que Europa antes de la crisis financiera estaba por convertirse en la región más abierta del mundo a los flujos migratorios. La crisis –originada en el bienio 2007-2008 en los Estados Unidos pero de la que Europa todavía no logró salir a causa de sus malas políticas– fue la que llevó a un aumento del desempleo y de la xenofobia, y a un cierre brutal de sus fronteras. Todo esto mientras la coyuntura internacional (Primavera Árabe, afluencia de refugiados) habría justificado un incremento de la apertura.

Recapitemos: la Unión Europea cuenta, en 2015, con casi 510 millones de habitantes, contra los aproximadamente 485 millones en 1995 (con fronteras constantes). De por sí esta progresión de 25 millones de habitantes en veinte años nada tiene de excepcional (apenas un 0,2% de crecimiento anual, contra el 1,2% por año para la población mundial en ese mismo período). Pero el punto importante es que este crecimiento se explica en casi tres cuartos con el aporte migratorio (más de 15 millones). Así, entre 2000 y 2010, la

Unión Europea recibió un flujo migratorio (neto de salidas) de alrededor de un millón de personas por año, es decir, un nivel equivalente al registrado en los Estados Unidos, y además con una mayor diversidad cultural y geográfica (el islam es marginal más allá del Atlántico). En esa época poco distante en que nuestro continente sabía mostrarse (relativamente) receptivo, el desempleo bajaba en Europa, al menos hasta 2007-2008.

La paradoja es que los Estados Unidos, gracias a su pragmatismo y a su flexibilidad presupuestaria y monetaria, se repusieron muy rápido de la crisis que ellos mismos causaron. Muy pronto retomaron su trayectoria de crecimiento (su PBI de 2015 es un 10% más elevado que el de 2007), y el aporte migratorio se mantuvo en alrededor de un millón de personas por año. Pero Europa, empantanada en divisiones y posturas estériles, todavía no reencontró su nivel de actividad económica previo a la crisis, lo que lleva al crecimiento del desempleo y al cierre de las fronteras. El aporte migratorio cayó en forma abrupta de un millón de personas por año entre 2000 y 2010 a menos de 400.000 entre 2010 y 2015.

¿Qué hacer? El drama de los refugiados podría ser la oportunidad para los europeos de salir de sus pequeñas rencillas y su ombliguismo. Al abrirse al mundo, al reactivar la economía y la inversión (vivienda, escuelas, infraestructura), al alejar los riesgos deflacionarios, la Unión Europea podría perfectamente regresar a los niveles migratorios observados antes de la crisis. Desde este punto de vista, la apertura expresada por Alemania es una noticia excelente para quienes se preocupaban ante una Europa enmohecida y avejentada. Por cierto, podemos alegar que Alemania no tiene otra opción, dada su baja tasa de natalidad. Según las últimas proyecciones demográficas de la ONU, que se calculan sobre un flujo migratorio dos veces más elevado en Alemania que en Francia en las décadas por venir, la población alemana pasaría de 81 millones hoy a 63 millones a finales del siglo, y asimismo Francia pasaría de 64 millones a 76 millones.

Podemos recordar también que el nivel de actividad económica observado en Alemania es en parte consecuencia de un gigantesco excedente comercial, el cual por definición no podría generalizarse en Europa (ya que no hay tantas personas en el mundo que puedan absorber tantas exportaciones). Pero este nivel de actividad se explica también por la eficacia del modelo industrial alemán, que se basa especialmente sobre una muy fuerte implicación de los asalariados y de sus representantes (poseen la mitad de los escaños en las juntas directivas): debería servirnos de inspiración.

Sobre todo la actitud abierta ante el mundo manifestada por Alemania envía un fuerte mensaje a los ex países de Europa Oriental y miembros de la Unión Europea, que no quieren niños ni inmigrantes, y cuya población combinada debería pasar de los actuales 95 millones a no más de 55 millones hacia finales de siglo, según la ONU. Francia debe alegrarse ante esta actitud alemana y aprovechar la ocasión para hacer triunfar en Europa una visión abierta y positiva respecto de los refugiados, los inmigrantes y el mundo.

